

# LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S.A.

## El buzón de Miss Beatriz

Sally O'Neil  
Molly O'Day  
Larry Kent



F. Smeda

46-29

LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III  
Núm.  
76

Publicación Semanal de argumentos  
de películas de  
METRO GOLDWYN MAYER

25  
Cénta.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

THE LOVELORN 1927

EL BUZON DE MISS BEATRICE

Comedia americana, interpretada por  
SALLY O' NEIL, MOLLY O' DAIL  
y LARRY KENT



Producción

**Metro - Goldwyn - Mayer**

DISTRIBUIDA POR

**METRO - GOLDWYN - MAYER**

**IBÉRICA, S. A.**

**MALLORCA, 220 — BRACELONA**

*Royalty 21-11-1929*

## El buzón de miss Beatrice

### Argumento de la Película

Habla miss Beatrice Fairfax, famosa especialista mundial del corazón humano.

Dice así:

“Son verídicas y originales las cartas que se reciben en el “Correo Femenino” de los grandes periódicos?

“Con algunas de estas cartas he combinado un argumento para una película, basando sus incidentes en las aventuras de dos hermanas, y llevándolas a la pantalla exactamente igual como se desenvolvió en la vida real.”

Con cada correo que llegaba, nuevas cartas, de todo el mundo, confiando secretos, solicitando consejos, recibíanse en la oficina de miss Beatrice, donde varias taquimecanógrafas encargábanse de las respuestas, todas ellas in-

dicadas taquigráficamente por la famosa consejera.

Véanse algunas cartas y respuestas del correo del día en que comienza nuestra historia.

“Querida Srta. Fairfax:

“He estado casada tres años. Tengo una niñita. Mi marido me abandonó y ahora quiere volver a mi lado. ¿Qué debo hacer? Le amo todavía.”

“Marión C.”

Miss Beatrice reflexionó breves momentos, y al poco redactó esta contestación:

“Usted misma se ha contestado. Recíbalo de nuevo. Después de todo, el amor y el compañerismo son las cosas más grandes de la vida.”

La siguiente carta, hizo sonreír a la consejera:

“Querida Srta. Fairfax:

“Olí un perfume extraño en la chaqueta de mi marido. No es que yo esté celosa... pero hay cosas que no me agradan.”

“Sra. Ollie Blotz.”

¿Qué le contestaría a esta dama para tranquilizarla? ¿Cómo quitarle de la cabeza... o de las narices, mejor, el perfume comprometedor?

Le trazó estas rayas:

“Si su marido cumple bien sus obligacio-

nes, no hago caso de perfume más o menos."

La contestación era, a todas luces, sabia.

Esta otra carta llamó la atención de miss Beatrice más que las otras, porque su comunicante era ya muy conocida de ella, por sus continuas cartas pidiendo consejo:

"Querida Srta. Fairfax:

"Mi hermana Georgina continúa saliendo con todos los jóvenes que encuentra. En cambio, olvida los partidos serios que yo gustaría de verla aceptar.

"Me considero responsable de su porvenir.

"¿Qué debo hacer?

Ana Hastings."

La comprensiva mujer leyó y releyó esta carta y, sonriendo, apuntó en un ángulo, como respuesta, los signos taquigráficos equivalentes a las frases siguientes:

"Querida Ana:

"Haz comprender enérgicamente a Georgina el peligro que la acecha. Trátala con ternura y con energía. Pero siempre me hablas de Georgina. ¿Por qué no me dices nada de ti misma y de Jaimito, ese chico que trabaja en la fábrica?"

Y ahora vamos a conocer a Ana, una de las comunicantes favoritas de miss Beatrice.

Ana Hastings, muchacha joven, soltera, mo-

desta, de carácter reposado, ni bonita, ni fea, admirable para algunos, insignificante para otros, trabajaba en unos grandes almacenes de modas.

Aquel día, al abandonar el trabajo, le fué entregada la carta que le había escrito miss Beatrice, y al leer lo referente a Jaimito, sonrió, pero no le dió mucha importancia. Jaimito era un simpático amigo, que trabajaba en el mismo almacén, pero nada más.

Junto a la puerta del obrador se hallaba, esperando a las gentiles abejas que querían endulzar un poco el amargor de tantas horas de dale que le das a la aguja, comprándole bombones, un buen hombre a quien Ana favorecía todos los días adquiriendo una bolsita de caramelos.

Ana, aquél, como todos los días, compró la bolsita de bombones, pero al ir a pagarla, una mano se anticipó a su gesto, abonando los centavos de la compra.

Ana no se dió cuenta de ello; pero el vendedor, rehusando las monedas que ella le ofrecía, le indicó que el joven que estaba al lado de ella lo había hecho antes y que él había preferido las del hombre a las de ella.

¿Quién era el galante?

Ana volvióse y vió a Jaimito.

—Muchas gracias, Jaimito. Eres muy amable.

—Eso es poco comparado con lo que yo quisiera comprarte.

—Con eso estoy sobradamente contenta. Una gentileza oportuna vale más que el mejor regalo.

—¿Me permites que te acompañe hasta tu casa, Ana?

—Voy a coger el tranvía, Jaimito. Estoy sumamente cansada.

—Pues te acompañaré hasta el tranvía.

Así lo hizo, y cuando se detuvieron junto al bordillo de la acera, esperando el tranvía, Jaimito dijo a Ana:

—Tú sabes, Ana, que he de decirte algo.

—Ya me lo dirás otro día, Jaimito. El tranvía no espera a nadie.

Y de este modo Jaimito no pudo aún decir a Ana lo que anhelaba revelarle de palabra: que la quería, que se casaría con ella, cuando ella quisiera, pues era toda su vida.

Por su parte, Georgina, la hermana de Ana, salía de los almacenes donde prestaba sus servicios como vendedora, y la acompañaba Carlitos, un joven que estaba, como Jaimito por Ana, loco por Georgina.

El jefe de Georgina acertó a pasar cerca de

los dos jóvenes que esperaban el ascensor de la casa, y dijo a Georgina:

—Ha estado usted vieniendo tarde toda la semana. De ahora en adelante es preciso que venga usted temprano, o me veré obligado a tomar medidas que lamentaría.



—¿Me permites que te acompañe hasta tu casa, Ana?

Georgina prometió no reincidir en el acostumbrado retraso, y cuando hubo desaparecido el jefe, Carlitos dijo a su amada:

—Si tú me hubieras hecho caso, Georgina,

no tendrías que pensar en levantarte temprano. ¿Por qué no quieres escucharme?

—No me sermonees, Carlitos... Ya sabes que no siento la vocación de santa... y que siempre he hecho mi santa... voluntad.

—Si tú quisieras, Georgina... Yo sería capaz



—Ha estado usted viniendo tarde toda la semana.

de conquistar el mundo por ti...

—Deja el mundo en paz y no te pongas a filosofar, que te romperías la cabeza...

—¿Cuándo sentarás tú la tuya?

—No tengo tiempo, hijo...

Salieron a la calle, y en un puesto de venta de periódicos Georgina vió una revista de modas, en cuya portada aparecían bellos vestidos y dijo a Carlitos:

—Mira, amiguito, ¿no crees que me vería lindísima con un traje así?

—Tú estás bien con cualquier cosa — repuso el muchacho.

Y viendo que Georgina tenía deseos de adquirir la citada revista, abonó su importe, lo que le valió una sonrisa de agradecimiento de Georgina.

Carlitos quería acompañar a su amada hasta su casa, pero ella no quiso, como nunca quería. Le ocurría con él lo que a Ana con Jaimito: le era simpático Carlitos, pero nada más.

Cuando se separó de él, fué a plantarse junto al bordillo de la acera de una avenida, como si esperase un tranvía o un autómnibus.

Pero lo que en realidad esperaba era que el dueño de un automóvil de lujo la invitase a subir a su coche, para dar un paseito juntos.

Era ese el deporte a que se dedicaba de un tiempo a aquella parte, cambiando todos los días de punto de espera y de acompañantes, si que también, claro, de coches.

Ya conocía todas las marcas de automóvi-

les, de primera categoría tan sólo, porque las de segunda categoría no le interesaban.

El primer hombre que aquel día, la invitó a subir a su vehículo, era un viejo y, además, antipático, por lo que Georgina le contestó, al hacerle él el gesto de subir:

—¡Sigue tu camino, trasto viejo!

Pero el segundo tuvo más suerte. Era agradable y no llegaba a los cuarenta.

—¿Quiere venir, señorita?

Georgina no se negó a complacer al amable señor, y se dió un paseo en su coche, haciendo acompañar luego a su casa.

Ana, que ya estaba en sus habitaciones, la vió llegar, desde una ventana, y movió la cabeza con preocupación.

En tanto, Georgina decía a su nuevo conocido:

—Gracias por el paseo, viejo amigo.

—El agradecido soy yo, hermosa amiguita... y mañana por la noche la esperaré en el mismo sitio.

Cuando Georgina se reunió con su hermana, ésta le reprochó su conducta con ternura, queriendo convencerla de que debía portarse como una señorita y no como una niña loca.

—Un día te vas a ver en un compromiso por estar aceptando paseos en automóvil con gente desconocida.

Pero Georgina le contestó encogiéndose de hombros:

—No seas anticuada, Ana. Es la única manera de poder atrapar un novio de ocho cilindros.

Las dos hermanas se vistieron para la cena, y, de pronto, oyeron la campanilla de la dueña de la pensión, pues no tenían hogar propio, sino una habitación alquilada en una casa de huéspedes muy seria y donde todos eran buenos amigos.

Georgina era la más revolucionaria de todas las muchachas, y no había huésped que no se complaciera en bromear con ella, aunque ninguno la aventajase en ingenio para burlarse de los demás.

Entre los huéspedes se hallaba un viajante de comercio, de cuarenta para arriba, pero bien conservado, que hacía la competencia en buen humor a Georgina, sin conseguir nunca hacer reír más que ella.

Aquella noche, durante la cena, el viajante dijo a Georgina:

—¿Aún tienes ese novio tan dandy?

—¿Quién le ha dicho a usted que es mi novio Guillermito? Sepa que si salgo alguna vez con él es como amigo...

—¿Y conmigo cuándo vas a salir?

—La semana de los dos jueves.

Entretanto, Guillermito, el joven mentado por el viajante, salía de una casa de ropa hechas, convertido en un figurín. Se había comprado un traje nuevo a cuadros, y estaba muy mono. Quería flechar a Georgina, pedir su mano, y para ello había adquirido el anillo de compromiso... pagadero a plazos, a razón de un dólar de vez en cuando.

Al salir de la tienda, subió a un cochecito, que casi parecía de juguete, y que utilizaba un amigo suyo y compañero de habitación, para anunciar los cafés que representaba, y se hizo conducir a la pensión de Georgina.

Al llegar al pie de la misma, pensó que si su amigo le dejase para aquella noche el coche, podría invitar a Georgina a dar un paseo en él, y poco trabajo le costó convencer a su camarada, a quien, además de quedársele el coche, le encargó de llevar a su casa los paquetes que le habían hecho en la tienda, de la ropa vieja y otros efectos.

Pero el amigo, enamorado de su cochecito, advirtió a Guillermito:

—Si corres alguna aventura en el carrito, ten cuidado de no rayarle la pintura.

—No pases cuidado, hombre.

\*\*\*

La aparición de Guillermito en la pensión causó un gran revuelo.

Llovieron sobre él los elogios, tanto masculinos — burlones como tales —, como femeninos.

—¡Estás arrebatador! ¡Parece imposible que no te hayan raptado antes de llegar aquí!

—¡Estás que desmayas, Guillermito!

El vanidoso se contoneaba como una damita, y dijo, como si lo hubiera pagado todo:

—Sólo me cuesta ciento cincuenta machacantes. Y todavía no han visto ustedes nada.

—¿Hay más?

—¡Que si hay!

Se desabrochó la americana y mostró a todos un cinturón multicolor con el que se creía irresistible.

—Ay, mamá, qué guapo estás, Guillermito!

—En cuanto me vea Georgina, se desvanece o se queda paralítica para el resto de su vida.

La patrona no se quedó sin decir nada; pero prefirió elogiarse a sí misma:

—¡Si yo tuviera puesto mi corsé nuevo, también tendrían ustedes algo que admirar.

Ana salió de su habitación en aquellos momentos, y al ver a Guillermito, su corazón palpitó de alegría.

—¿Hace mucho que estás aquí? — inquirió.

—Un poco, Ana. ¿Sabe ya Georgina que la estoy esperando?

—Ahora baja.

—Es muy tarde.

Guillermito se sacó el reloj, pero vió que no andaba.

—¡Esta patata se ha parado! Pero debe ser tarde.

—No te impacientes, y dame tu reloj, para que lo mande a arreglar.

—Eres muy buena, Ana, y cuando Georgina y yo nos casemos, ya te invitaré a que pases tus temporaditas con nosotros.

Georgina no tardó en aparecer, y al ver a Guillermito quedó maravillada, sin saber si debía echarse a reír o a elogiar al dandy.

No encontró nada mejor que decirle:

—¡Tan estirado estás más elegante que un guardia de la quinta avenida!

Guillermito arrugó el ceño. El piropo no era de su agrado. ¡Compararle con un guardia!

Ana lo comprendió así, y apresuróse a decir a Georgina:

—¡Está tan elegante como el más presumido de tus acompañantes habituales!

Georgina ahogó una sonrisita, y salió con Guillermito, del que Ana se despidió afectuosamente, con cierta melancolía...

Los dos jóvenes pasearon largo rato en el cochecito, que a Georgina le parecía una cuna o poco más, y, de pronto, Guillermito besó a su amada, y ésta no rechazó el beso; pero el joven, creyendo que con tal preámbulo podía lanzarse sin temor a la continuación de su afán, preguntó a Georgina si se casarían pronto, y le entregó el anillo de compromiso.

Pero se equivocó. Georgina no estaba para tonterías. Se había dejado besar, sí; pero como un beso no compromete a nada...

Y he aquí la carta que recibió unos días después miss Beatrice Fairfax:

“Estoy decepcionada. Georgina no hizo caso a Guillermo cuando éste le pidió que se casara con él, y el pobre muchacho languidece de tristeza.

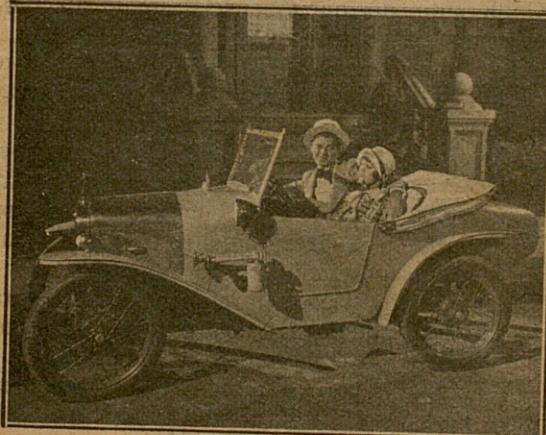
“Georgina pasea ahora con un hombre llamado Ernesto.

No creo siquiera que sepa cuál es su ape-

llido. Le conoció un día que la condujo a casa en su automóvil.

"La seguiré teniendo al corriente, señorita Fairfax."

Guillermito estaba de mal humor. Ya no lu-



Los dos jóvenes pasearon...

lumbrar a Georgina y que no le trajo suerte. Como no lo había pagado, lo devolvió a la tienda, y en paz. Lo mismo hizo con el anillo... cía aquel flamante terno con el que quiso des-

reservándose el comprarlo, cuando estuviese seguro de tener novia.

Ana no le había visto desde aquella noche, y al verle llegar a la pensión, se alegró de su visita.

—Georgina acaba de salir...—le dijo—, pero me prometió volver temprano.

Un tanto brusco, él repuso:

—Yo no he venido a verla... Vengo a buscar mi reloj.

—Ya está arreglado... Espera un momento... Lo voy a recoger de mi habitación.

Al poco, Ana reaparecía con el reloj, y después de dárselo, volvió a hablar con el muchacho, de Georgina.

—Mi hermana es solo una chiquilla. Dale tiempo para que se dé cuenta de que la vida es otra cosa.

Georgina se hallaba en aquellos momentos al pie del a pensión. La acompañaba Ernesto, el solterón, que veía en la mocita una agradable aventura.

Se despedían, pero Ernesto detuvo a Georgina, y le dijo:

—¿Y me voy a ir así... con las manos vacías?

Le pedía un beso, y ella no tuvo reparo en dárselo. ¡Un beso más o menos, y como Ernesto parecía ir con ella de buena fe!...

Quedaron en verse al día siguiente, como to-

dos los días, y al entrar Georgina en la pensión, encontróse con su hermana y Guillermito, que se disponía a marcharse.

Viéndoles juntos, no pudo menos de exclamar:

—¡Ana... tú con Guillermito! ¡Qué gracioso!



—¿Y me voy a ir así... con las manos vacías?

Guillermito la miró con furor y marchóse. Estaba que reventaba de indignación, y ella se atrevía aún a burlarse de él...

Las dos hermanas subieron a su habitación, y Georgina, mientras se desnudaba, se puso,

la muy locuela, a dar consejos a Ana:

—Guillermito es un bobo, y deberías buscarte un novio como Ernesto. ¡Este sí que es expresivo... y apasionado!

Ana la atajó:

—¡Puedes mortificarme a mí, si te parece, pero no debes ofender a Guillermito!

A lo que Georgina, altiva, en un acceso de genio, exclamó:

—¡Yo puedo decir lo que me dé la gana! ¡Y cuanto más pronto comprenda Guillermo lo que pienso de él, mucho mejor!

—¡Infeliz! ¡Guillermito vale viente veces más que cualquiera de esos pisaverdes que te rodean!

—¡Qué sabes tú de eso! ¡Si ninguno te saca a pasear! Y ahora ocúpate de tus asuntos... ya te has metido bastante en los míos. Porque... lo que tienes tú son celos. ¡Celos de todos los que me pretenden!

Ana no pudo reprimir unas lágrimas, y Georgina no pudo menos también de reconocer que había exagerado la nota, dejándose llevar del enojo que le causaba el que su hermana la reprimiese su conducta.

\* \* \*

Y miss Beatrice recibió la siguiente carta de Ana:

“...Y anoche tuvimos el primer disgusto serio. Fué por Guillermito y por la forma en que me habló. El es tan buen muchacho y tan sincero... que yo no podía permitir que ella lo tratase de aquel modo.

“Guillermo me dijo que se sentía muy solo y me pidió que lo acompañase a dar un paseo. ¿Cree usted que estaré bien hecho... ya que no le interesa a Georgina?”

La comprensiva consejera meditó la respuesta, y ésta fué la siguiente:

“Mi querida Ana: Puedes salir con Guillermito, pero sólo como amiga. No permitas que él comprenda lo que hay en tu corazón. Si es un muchacho sincero como tú dices, ten la seguridad de que todavía ama a Georgina y todo

lo que no sea una simple amistad con él puede traerte penas y disgustos.”

Y Ana salió con Guillermito, quien la condujo a un baile, donde, casualmente, se hallaba Georgina con su adorador predilecto, el soltero.

Guillermito bailó con Ana, y, apartados en uno de los pequeños reservados, el muchacho dió súbitamente rienda suelta a un pensamiento, y le dijo a Ana:

—¡Tú y yo nos vamos a casar!

La triste, la sin amor, la que ansiaba amar, repuso, olvidándose del consejo de miss Beatrice, que le recomendaba no tomase en serio a Guillermito:

—¿Estás seguro de que es a mí... a quien quieres?

El insistió:

—¡Me parece que te estoy preguntando si quieres casarte conmigo!

Ana no pudo más. Su corazón no podía contener tanta dicha, y contestó:

—¡Yo te quiero, Guillermito... y creo que siempre te he querido!

—¡No te equivocarás, te lo aseguro!

—Así lo espero...

—Y ahora, ¿qué dirías si te pidiera un beso?

Ana lloraba de felicidad... Acercó su boca a la de Guillermito, la besó y dejóse besar.

Bailaron de nuevo, y al terminar la danza, Georgina vió a Ana con Guillermito y se echó a reír. Ernesto preguntó la causa de su risa.

—¡Esos son mi hermana y uno de mis adoradores!—contestó la locuela señalando a los dos jóvenes.

Ambas parejas se saludaron a distancia, y como el baile se repetía, Ernesto, aprovechando aquella ocasión, murmuró a Georgina:

—¿Quieres venir a mi casa? ¡Allí estaremos solos y libres!

Georgina aceptó, y al verles marchar, Guillermito, que no podía disimular sus celos, haciendo sufrir, como lo había previsto miss Beatrice, a Ana, se desanimó y, poco después, se alejaba del baile con la que pronto sería su esposa... sin haber aún olvidado a la otra.

Guillermito acompañó a Ana hasta la pensión, y a la puerta de la misma, rompiendo el silencio, le dijo, mientras ella le miraba con lágrimas en los ojos:

—¡Estoy loco por ti, Ana... y lo que más me alegra es que no seas como Georgina!

—Sí, pero sentiste celos por ella! ¿Lo negarás?—repuso Ana dolorida.

—¡No fueron celos! ¡Es que me da lástima verla con ese perdido. ¡Y, ya está decidido: la semana que viene nos casamos!

En tanto, en casa de Ernesto, Georgina empezaba a abrir los ojos...

Ana, sufriendo intensamente recordando el consejo de miss Beatrice y la conducta de Guillermito, no podía conciliar el sueño. Además, esperaba a Georgina.

La locuela llegó mucho más tarde que de ordinario, y al ver la tristeza que revelaban sus ojos, que parecía que llorases amargamente, Ana trató de consolarla, siempre dispuesta a sacrificarse por su hermanita:

—Dime, Georgina, ¿qué te ha pasado? —

La chiquilla se echó a llorar.

—¿Qué significa tu llanto, hermana? ¿Acaso ese hombre?

—¡No, no es lo que tú te figuras! ¡Es que Ernesto se puso un poco atrevido... y lo dejé plantado!

—Bueno, pero, dime, ¿qué ocurrió?

—¡Ay, hermanita! Lo suficiente para abrirme los ojos y dejarme ver el peligro. Ahora comprendo que he ido siempre por muy mal camino y siento en el alma haber cometido tantas tonterías.

—Ya sabía yo que acabarías por volverte formalita, Georgina, y no sabes cuánto me alegra saber que ese anhelado momento ha llegado ya.

Se abrazaban y besaban con mucho cariño, y, al acostarse, en el mismo lecho, se sentían felices como nunca.

Ana se entregaba al descanso, pero Georgina, que no tenía sueño, se incorporó en el lecho, encendió la luz, y despertando a su hermana, le dijo:

—Soy dichosa, Ana... No me había dado cuenta hasta esta noche de lo mucho que quiero a... a Guillermito...

Ana sintió un agudo pinchazo en su pobre corazón. ¿Qué decía Georgina?

—¿Crees tú que si yo le dijera lo arrepentida que estoy... él llegaría a perdonarme?—añadió Georgina, esperanzada.

Ana hizo un esfuerzo y murmuró:

—¿Y si resulta que él quiere a otra?

—¡El no quiere a ninguna otra! Realmente, a quien quiere es a mí.

Entonces Ana pronunció, sollozando:

—Guillermito se ha declarado, Georgina... me ha pedido que me case con él.

¡Qué situación! ¿Cómo la resolverían ambas hermanas?

Georgina reaccionó prestamente de su sorpresa, y, forzando una sonrisa, continuó:

—Tiene gracia, Ana. ¡Todo era una broma mía para ponerte contenta!

—¿De verás?

—¡Claro que sí! ¡Guillermito es sólo para mí uno de tantos!

Y las dos mujeres se abrazaron, fundiendo sus lágrimas.

\*\*\*

Y miss Beatrice recibió otra carta:

“... y no sé qué hacer. Creo que Guillermito ama todavía a Georgina, pero yo podría hacerle olvidar. Yo lo quiero con toda mi alma y preferiría morir antes que dejarlo.”

La consejera respondió como sigue:

“Si Guillermito amaba realmente a tu hermana, creo que encontró consuelo en ti demasiado pronto. ¿Estás segura de que es un hombre de... carácter?”

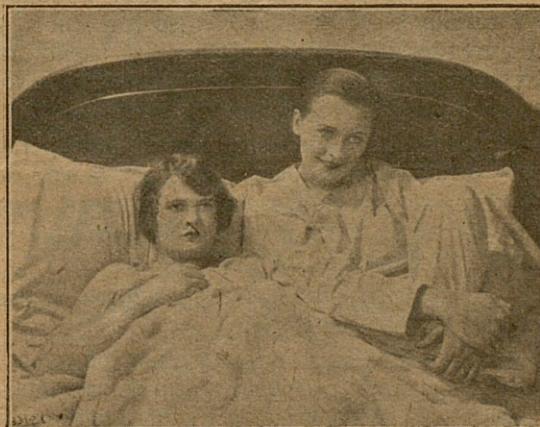
“Mi opinión es, querida, que Guillermito, como tantos, tantos otros hombres, no es digno de un amor tan grande... como el que tú sientes por él. Hasta que no lo conozcas mejor, no debes tomarlo muy en serio.”

El consejo de miss Beatrice sumió en profundas reflexiones a Ana.

¿Qué hacer?

Pero, dejándose llevar de su ilusión, terminaba febrilmente su vestido de novia, pues el día de la boda estaba muy próximo.

Por su parte, Georgina continuaba viéndose, en la calle solamente, con Ernesto, y acepta-



—¿Y si resulta que él quiere a otra?

ba sus regalos, viendo el solterón en ello una esperanza para la realización de sus proyectos con la interesante jovencita.

Pero la conducta de Georgina obedecía tan

sólo al deseo de que su hermana Ana fuese feliz casándose con Guillermito, demostrando con su comportamiento de siempre, que nunca cambiaría y que, por lo tanto, jamás le interesaría Guillermito como novio, ya que lo rechazó para ir con otros.

Sin embargo, Ana observaba a su hermana y se examinaba a sí misma, en su conciencia, y comprendía que la realización de su sueño era un imposible, ya que, fuerza era reconocerlo, a quien Guillermito amaba era a Georgina.

Cierta noche le dió un ataque de desesperación, al acabarse de convencer, por la voz de su alma, de que Guillermito no se casaría con ella por amor, sino, tal vez, por despecho, y, alarmada, Georgina fué a auxiliarla.

—¿Qué tienes, Ana? ¿Por qué lloras de ese modo? Me has asustado...

—¡No puedo más con esta situación, Georgina!... ¡Yo... yo no puedo casarme con Guillermito! ¡El sólo te ama a ti! ¡He tenido esta sensación desde el primer momento y he intentado engañarme a mí misma inútilmente!

—¡Por favor, Ana, no digas eso! ¡No es así!

—¡Sí, querida... he discutido conmigo misma!... ¡Esta misma noche voy a resolverlo todo!

Y, empeñada en ello, Ana se llevó consigo a

Georgina a casa de Guillermito, para hablar claro, como los corazones nobles.

Pero...

El amigo de Guillermito les entregó una carta y ésta decía así:

“Querida Ana:

“Lo he meditado bien, y nuestra boda es imposible. Iba a casarme sin amor y creo más honrado no hacerlo. Me casaré con una mujer rica a quien apenas conozco. Tú eres demasiado buena para que yo te engañe.

“Guillermo.”

Georgina, indignada, exclamó:

—¡Qué buen timo nos ha dado ese embusetero!

Con irreprimible melancolía, Ana rumoreó:

—La vida es una comedia... y nosotros hemos desempeñado nuestra parte.

—¡Olvidémoslo, Ana! ¡Nos basta con querernos nosotras!

Y miss Beatrice recibió esta misiva:

“... así, pues, Guillermito no nos quería a ninguna de las dos. Si yo hubiese seguido sus consejos, Georgina y yo nos hubiésemos evitado esta infelicidad.

“Ana.”

Y la consejera les respondió, toda corazón:

“Mis queridas niñitas:

“No comprenden ustedes la suerte que han tenido? El mundo está lleno de jóvenes como Guillermito.

“La experiencia ha sido amarga, pero esto las ayudará a encontrar el “verdadero” amor y la dicha.”

\*\*\*

Y una buena mañana, al salir Ana de los almacenes donde trabajaba, compró una bolsita de caramelos... pero una mano de hombre se adelantó a sus deseos de pagar...

Era Jaimito.

—Gracias, Jaimito—le dijo ella, sonriéndole:

—Eso no es nada, Ana... ¿Quieres que te acompañe hasta tu casa?

—Con mucho gusto...

—Además, tú sabes, Ana... que tengo que decirte una cosa...

—¡No pierdas tiempo! ¡Ahora mismo, Jaimito!

Y el mozo se declaró y obtuvo el anhelado “sí”.

Georgina aceptó también que Carlitos la acompañase, y apenas el mocito abrió la boca

para sermonearla, deseando su bien, la adorable locuela le gritó:

—Sí, Carlitos de mi vida...

—Pero, Georgina... ¿eso significa que...?

—¡Que nos casaremos cuando quieras, monín!

Y miss Beatrice recibió otra carta... invitándola a la doble boda.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

B.